

EL NOVELISTA Y LA NOVELA

Salvador REYES

Seguramente, no mucho después de que el género novelesco adquirió estructura definida, surgieron estetas y teorizantes para analizar esa estructura, establecer sus principios y sus límites y hasta pronosticar su futuro. Todo eso produjo muchos escritos e infinitas discusiones, sin duda interesantes, pero que conozco apenas. De modo que ante la cuestión "problemas de la novela" me encuentro un tanto perplejo.

Se me ocurre que estos problemas deben presentarse de manera distinta a cada novelista; pienso que escribir literatura es tarea solitaria y que cada uno de los que la practica debe verla de modo personal y resolver las interrogaciones que le plantea, según sus inclinaciones y posibilidades propias. No me parece que en esta materia se puedan establecer reglas y mucho menos moldes al uso del novelista. La única ley valedera para el escritor es seguir su temperamento con la mayor fidelidad posible. Si se aparta de él para plegarse a una moda o para buscar éxito adhiriendo a una manera que no sea la suya, fracasará.

La novela, ¿debe ser o no social? ¿Rural o urbana? ¿Psicológica y desprovista de movimiento, o de acción violenta? De lo que se trata es de crear una obra de arte y para eso todos los materiales y las formas son buenos si corresponden al temperamento del escritor.

De ahí que me haya interesado muy poco por las teorías y las disquisiciones sobre la técnica novelesca; de ahí también que las modas literarias no me preocupen. No digo que esta actitud sea la mejor. Como se me ha pedido contar mi propia experiencia, lo hago sin pretender imponer ideas de ninguna clase.

Para mí el problema novelesco se condensa en pocas palabras: escribir con la mayor sencillez y claridad posibles, infundir vida a los personajes y crear atmósferas que envuelvan y dominen al lector.

La tarea no es fácil. Contar con claridad y economía de palabras acciones de personajes que den sensación vital, es cosa ardua. No me

parece que exista receta eficaz para lograrlo. El novelista no tiene más recurso que fiarse a su instinto y a su experiencia. Si es persona de verdadero temperamento literario y de imaginación, empezará a crear sus personajes para sí mismo, a vivir con ellos, a verlos con tal realidad que llegará un momento en que hasta los sentirá independientes, actuando cada uno a su guisa. Cuando el proceso creador alcance a ese punto, el escritor tendrá mucho adelantado y se convertirá en una especie de cronista de seres y hechos que constituyen ya una realidad artística en su espíritu. Un cronista o, mejor dicho, un testigo.

Repito, que la sencillez en la escritura me parece cosa indispensable. Al recomendar la lectura del Código Civil, Stendhal tenía razón. El gran enemigo del novelista es, en cierto modo, la palabra y si no la emplea con economía, ella lo sepultará. La retórica no es más que un disfraz de la impotencia.

Claro está que el novelista se vuelca en sus personajes. ("Madame Bovary c'est moi"). Todas las pieles humanas deben calzarle. Tolstoi logró entrar en la de Natacha, de quien todos hemos estado —o estamos— enamorados. En ese aspecto no puede hacer trampas, aunque, a un mismo tiempo tenga que ser Mauricio del Dongo y la condesa San Severiana. El novelista posee, por lo tanto, una sinceridad a su manera, múltiple. Sus rostros son muchos, pero cada uno de ellos es el verdadero.

En la realidad interna de sus personajes y en la atmósfera en que ellos se mueven está el valor de la obra novelesca. No creo que otros valores (finalidades sociales o estéticas) aseguren la permanencia de una obra. Las costumbres y problemas planteados por "Resurrección" ya no existen, y sin embargo, seguimos leyendo con pasión la novela.

Mis preferencias están por el movimiento, por la acción (Cervantes, Defoe, Walter Scott, Dickens, Balzac, Stendhal, Tolstoi, Stevenson, Kipling, Baroja, etc.), pero una obra extática también me cautiva si está escrita con la elegante sencillez de Proust. Por el contrario, la confusión me choca y por eso no me atrae la "nouvelle vague". Cuando aún nadie hablaba de Robbe-Grillet, empecé a leer una de sus primeras (o la primera) de sus novelas, "Le voyeur". Yo, campeón para tragar libros aburridos, no pude pasar del primer capítulo. Me preguntaba: "¿Para qué me cuenta todo esto este señor?". No hace mucho intenté leer "Le vice-consul", de Marguerite Duras y, a pesar de ser un pequeño libro, no alcancé a llegar a la mitad. Sin embargo, me han cautivado los guiones que esa autora ha escrito para películas tales como "Hiroshima, mi amor", "Andante Cantabile", "Una tan larga ausencia", "Verano, 10.30".

No es necesario repetir lo ya tantas veces dicho: la vida en la novela no es exactamente la del mundo real o que consideramos real.

Hay una verdad de la vida y otra del arte. La verdad del arte es la que se presenta a través el espíritu creador del artista. El mundo de Zolá (a quien se tiene por naturalista), es la representación de su temperamento creador, poético. Por eso da tan fuerte impresión de realidad. Hace años leí el libro de un norteamericano, Bromfield, titulado creo que "24 horas". Se narraban allí diferentes episodios de la vida en Nueva York. Todo era real, es decir, todo estaba dentro de las posibilidades de lo que puede ocurrir a cualquier habitante de esa ciudad. Sin embargo, del principio al fin, la novela sonaba a falso. No había en ella más que composición. Pongamos frente a esa obra realista, una novela de pura fantasía, como, por ejemplo, "Aventuras de Arthur Gordon Pym", y ésta nos hará vivir el drama polar, nos sentiremos ansiosos por la suerte de la empresa que sabemos imposible. Pero en este caso el saber no cuenta; sólo el sentir. El lector se hace cómplice del autor. Se compromete en la intriga. Ese es el verdadero compromiso, no el servir a una doctrina política o estética.

Por eso los críticos han cometido un grave error cuando han separado a los novelistas chilenos en criollistas e imaginistas. En su afán de poner etiquetas han buscado la simplificación para su propia comodidad. ¿Qué significa eso de "imaginismo"? La imaginación es atributo de todo novelista verdadero, cualquiera que sea su tendencia. ¿Qué sería una novela sin imaginación? ¿Un documento? Tal vez, pero no un testimonio, porque sonaría a falso como la novela de Bromfield. Sin la imaginación, ¿qué habrían hecho Cervantes, Defoe, Swift, el Abate Prevost, Rabelais, etc., sin olvidar los maestros del naturalismo? La imaginación les dio potencia y libertad.

El invento del "imaginismo" chileno es una mixtificación que muchos ensayistas han tomado en serio por ignorancia o pereza para pensar por sí mismos.

En resumen, seguir su propio temperamento y, dentro de él, observar la vida, es, según creo, la única receta valedera, conjuntamente con la sencillez y claridad de la escritura. Lo demás es pedantería. Se ha asegurado que la novela está en crisis. ¿Por qué? ¿Por qué en un momento dado, no hay plétora de genios? Eso no prueba nada, ya que es imposible llevar un minucioso registro de novelistas geniales.

¿Qué cómodo sería poder escribir grandes novelas nada más que ciñéndose a las normas que los críticos señalan para estar a la moda!... No sé que Tolstoi, Stendhal, Balzac u otros maestros hayan definido el género ni hayan señalado principios. El verdadero novelista, desde el momento que presenta tipos y situaciones de su época, es un testigo de la sociedad en que vive, un intérprete de los problemas de su tiempo.

Lo demás es "snobismo" y petulancia.

